

—No nos desesperemos—le dijo;—váyase á su casa tranquilamente, que yo llevaré por buen camino el negocio.

—Pero ¿qué es preciso que haga yo entonces, mi buen señor Fresal, para tener rentas y...?

—No tener remordimientos—dijo vivamente interrumpiendo á la Cibot.—¡Eh! precisamente para eso es para lo que se han inventado los hombres de negocios. No se puede obtener nada en esas cosas sin atenerse á la ley... Usted no conoce las leyes, yo sí. Conmigo estará usted al lado de la legalidad, y tendrá rentas en paz ante los hombres, pues la conciencia es cosa de usted.

—Pues bien, diga usted—repuso la Cibot, á quien estas palabras volvieron curiosa y feliz.

—No lo sé, no he estudiado el asunto en todos sus detalles, no me he ocupado más que de los obstáculos. Mire, primeramente es preciso que la incluyan á usted en el testamento, y no irá usted descaminada; pero ante todo, sepamos en favor de quien dispondrá Pons su fortuna, pues si usted fuese su heredera...

—¡No, no, no me quiere! ¡Ah! si yo hubiese sabido el valor de sus *anticuallas*, si hubiese sabido lo que me ha dicho de sus amores, hoy estaría sin ninguna inquietud.

—En fin—repuso Fresal;—no se detenga usted. Los moribundos tienen singulares capricos, mi querida señora Cibot, engañan muchas esperanzas. Que haga testamento, y ya veremos después. Pero, ante todo, es preciso valorar los objetos de que se compone la herencia. Así, pues, póngame usted en relación con el judío y con Remonencq, que nos serán muy útiles. Tenga usted confianza en mí, soy todo suyo. Soy el amigo de mi cliente, cuando él es amigo mío. Amigo ó enemigo, tal es mi caracter.

—Pues bien, seré toda de usted—dijo la Cibot,—y respecto á los honorarios, el señor Poulain...

—No hablemos de eso—dijo Fresal.—Piense en mantener á Poulain en la cabecera del enfermo; el doctor es uno de los corazones más honrados y más puros que conozco, y tenemos necesidad de tener ahí un hombre seguro... Poulain vale más que yo, yo me he vuelto malo.

—Ya lo parece usted—dijo la Cibot;—pero yo me fiaría de usted...

—¡Y tendrá usted razón!—dijo él.—Venga á verme

cuando ocurra algo y vaya... Usted es una mujer inteligente é irá todo bien.

—Adiós, mi querido señor Fresal, que se conserve... servidora de usted.

Fresal acompañó á la portera hasta la puerta, y allí, como hizo ella la víspera con el doctor, le dijo la última palabra.

—Si pudiese usted hacer de manera que el señor Pons me pidiese mis consejos, sería un gran paso dado...

—Lo procuraré—respondió la Cibot.

—Mi querida mamá—repuso Fresal haciendo entrar á la Cibot hasta su despacho,—conozco mucho al señor Trognon, notario; es el notario del barrio. Si el señor Pons no tiene notario, háblele usted de este, haga de manera que lo tome...

—Comprendido—respondió la Cibot.

Al retirarse, la portera oyó el roce de una falda y el ruido de un paso pesado que quería ser ligero. Una vez sola en la calle, la portera, después de haber caminado durante un momento, recobró su libertad de espíritu. Aunque permanecía bajo la influencia de aquella conferencia y sintiese siempre gran horror por el patíbulo, la justicia y los jueces, tomó una resolución muy natural que iba á colocarla en una lucha sorda con su terrible consejero.

—¡Eh! ¿qué necesidad tengo de asociados?—se dijo—hagamos nuestra pacotilla, y después tomaré todo lo que me atrezcan para servir sus intereses...

Este pensamiento debía apresurar, como va á verse, el fin del desgraciado músico.

CAPÍTULO XX

La Cibot en el teatro

—Y bien, mi querido señor Smuke—dijo la Cibot entrando en la habitación,—¿cómo va nuestro querido enfermo?

—No muy bien—respondió el alemán.—Pons ha *deligado* toda la noche.

—¿Qué decía?

—¡*Tontegüas!* Que *guegula* que yo poseyese toda su *fogona* con la condición de no *vendeg* nada. ¡Y *llogaba!* ¡Pobre hombre! ¡Me ha hecho mucho daño!

—Ya le pasará, mi querido señor—repuso la portera.—

Veo que son las nueve y que le he hecho esperar por el almuerzo; pero no me riña, he tenido que salir por culpa de ustedes. Como no nos queda ya nada, he tenido que procurarme dinero.

—¿Y cómo?—dijo el pianista.

—¿Y mi tía?

—¿Qué tía?

—En Peñaranda.

—¿En Peñaganda?

—¡Oh! qué inocente es usted, señor. Es usted un santo, un amor, un arzobispo de inocencia, un ser digno de estar en un fanal, como decía aquel antiguo actor. ¡Cómo! ¿vive usted en París hace veintinueve años, ha visto usted la revolución de Julio, y no sabe usted lo que es el Monte de Piedad? Los prestamistas que prestan dinero sobre alhajas y ropas. He empeñado mis cubiertos de plata. ¡Bah! Cibot comerá con otros de metal. Lo he hecho todo en silencio, porque esto atribularía mucho á nuestro pobre querubín, le haría ponerse más amarillo, y bastante irritado está ya. Salvémosle ante todo, y después ya veremos. En la guerra como en la guerra, ¿verdad, señor?

—¡Pobre mujer! ¡cogazón sublime!—dijo el pobre músico tomando la mano de la Cibot y estrechándola contra su corazón con indefinible expresión de ternura, al mismo tiempo que derramaba lágrimas.

—¿Para qué es usted así, papá Smuke? ¡Vaya unas cosas! Yo soy una pobre hija del pueblo que va con el corazón en la mano. Mire usted, yo tengo de esto tanto como ustedes, que son dos almas santas—dijo golpeándose el seno.

—¡Papá Smuke!—repuso el anciano.—Estoy tan apenado, llogo tanto y güego tanto al cielo, que estoy *seguro* de que no sobreviviré á Pons.

—Ya veo que se está usted matando; pero escuche usted pichón mío...

—¡Pichón!

—Sí, encanto.

—¡Encanto!

—Amor, si usted quiere.

—No veo eso *clago*.

—Mire, déjeme cuidarle y siga mis consejos, porque estoy viendo que si sigue de ese modo, tendré dos enfermos en lugar de uno. A mi escaso juicio, tenemos que repartirnos

aquí el trabajo. Usted no puede ir ya á dar lecciones por París, porque eso le cansa y no puede hacer nada aquí, donde va á ser preciso pasar las noches en claro, pues el señor Pons se pone cada vez más enfermo. Yo voy á ir á casa de todas sus alumnas y les diré que está usted enfermo, ¿verdad? Así podrá pasar las noches velándole y dormirá por la mañana desde las cinco hasta las dos de la tarde. Yo haré el servicio más penoso, el del día, pues tengo que darle el almuerzo, la comida, cuidar al enfermo, levantarle, mudarle la ropa, darle las medicinas, y con este trajín no podría resistir diez días. Llevamos ya treinta de este modo. ¿Qué sería de ustedes si yo cayese enferma? ¿Y si cayese usted también? Esto me hace temblar. Mire cómo está por haber velado una sola noche al enfermo...

Esto diciendo, llevó á Smuke ante un espejo, el cual se encontró muy cambiado.

—Si sigue usted mis consejos, voy á servirle el almuerzo en un dos por tres, y después cuidará á nuestro enfermo hasta las dos. Me da usted la lista de sus alumnos, yo los voy á avisar en un instante, queda usted así libre para quince días, y después, cuando yo vuelva, se acuesta y duerme hasta la noche.

Esta proposición era tan juiciosa, que Smuke se adhirió á ella en el acto.

—No le diga nada al señor Pons, porque ya sabe usted que se creería perdido, si le dijésemos que va á suspender sus funciones en el teatro y sus lecciones. El pobre hombre se imaginaría que las perdía para siempre, en fin, tonterías. El señor Poulain dice que sólo salvaremos á nuestro Benjamín procurándole la mayor tranquilidad posible.

—¡Ah! bien, bien. Haga el *almuegzo* y yo le *escribigué* la lista y las direcciones. Tiene usted *gazón*, yo *sucumbigula* ante este trabajo.

Una hora después, la Cibot se endomingó, con gran asombro de Remonencq, y se prometió presentarse dignamente, como mujer de confianza de los dos amigos, en todos los colegios y ante todas las alumnas de los dos músicos.

Creemos inútil relatar las diferentes charlas ejecutadas como variaciones de un mismo tema, á que se entregó la Cibot en los colegios y en las casas de las alumnas. Bastará dar cuenta de la escena que ocurrió en el despacho del ILUSTRE GAUDISSERT, donde estuvo la portera, aunque no sin

inauditas dificultades. Los empresarios en París están mejor guardados que los reyes y los ministros. La razón de las grandes barreras que levantan entre ellos y los mortales es fácil de comprender: los reyes tienen que defenderse de las ambiciones, y los directores de teatro tienen que temer los amores propios de artista y de autor.

La Cibot franqueó todas las distancias á causa de la intimidad repentina que se estableció entre ella y la portera. Los porteros se reconocen entre ellos, como las gentes de una misma profesión. Cada estado tiene sus *shiboleth*, como tiene sus injurias y sus estigmas.

—¡Ah! señora, ¿es usted la portera del teatro?—había dicho la Cibot.—Yo no soy más que una pobre portera de una casa de la calle de Normandía, donde vive el señor Pons, el director de orquesta. ¡Oh! ¡qué feliz sería yo en su lugar, viendo pasar á los actores, á las bailarinas y á los autores! Es, como decía aquel antiguo actor; el bastón de mariscal de nuestro oficio.

—¿Y cómo va el señor Pons?—preguntó la portera.

—No muy bien; hace dos meses que no sale de la cama, y es seguro que saldrá de la casa con los pies para adelante.

—Será una pérdida.

—Sí, vengo de su parte á explicar su situación á su director; procure usted, pues, amiga mía, que le hable.

—¡Una señora de parte del señor Pons!

Así fué como un empleado del teatro, destinado al servicio del director, anunció á la señora Cibot, á quien la portera del teatro recomendó. Gaudissart acababa de llegar para ver un ensayo. La casualidad quiso que no tuviese nadie que hablarle y que los autores de la pieza y los actores llegasen con retraso. Gaudissart quedó encantado al saber que tendría noticias de su director de orquesta, hizo un gesto napoleónico, y la Cibot entró.

Este antiguo viajante, á la cabeza de un teatro favorecido por el público, engañaba á su comandita y la consideraba como una mujer legítima. Así, había adquirido una desenvoltura financiera que obraba en su persona. Habiéndose puesto fuerte, gordo y colorado por la buena carne de la prosperidad, Gaudissart se había metamorfoseado francamente en Mondor.

—¡Me voy pareciendo á Beaujon!—decía tratando de reírse el primero de sí mismo.

—No te pareces aún más que á Turcaret—le respondió Bixiou, que le reemplazaba frecuentemente al lado de la primera bailarina del teatro, la célebre Eloísa Brisetout. En efecto, el EX ILUSTRE GAUDISSERT explotaba el teatro única y brutalmente en su propio interés. Habiéndose hecho admitir como colaborador en varias pantominas, piezas y *vaudevilles*, había comprado la otra parte aprovechándose de las necesidades que á menudo aprietan á los autores. Estas piezas y estos *vaudevilles*, unidos á los dramas que tenían éxito, proporcionaban á Gaudissart algunas monedas de oro diarias. Traficaba, por procuración, con las entradas, y se había atribuido, como el difunto director, un cierto número que le permitía cobrar la décima parte de las entradas. Estas tres naturalezas de contribuciones directoriales, además de los palcos vendidos y los regalos de las actrices malas que querían desempeñar algunos papeles, ó salir de pajes ó de reinas, aumentaban tanto su tercera parte en los beneficios, que los comanditarios, á quienes las otras dos terceras partes eran entregadas, cobraban apenas la décima parte de los productos. No obstante, esta décima parte producía aún un interés de un quince por ciento sobre los fondos. De modo que Gaudissart, apoyado en este quince por ciento de dividendo, hablaba de su inteligencia, de su probidad, de su celo y de la alegría de sus comanditarios. Cuando el conde Popinot preguntó, fingiendo interés, al señor Matifat, al general Gouraud, yerno de Matifat, y á Crevel, si estaban contentos de Gaudissart, Gouraud, á quien habían hecho par de Francia, respondió:

—Nos dicen que nos roba; pero es tan ocurrente, tan buen muchacho, que estamos contentos...

—Entonces es como el cuento de La Fontaine—dijo el antiguo ministro sonriendo.

Gaudissart hacía valer sus capitales en negocios ajenos al teatro. Había juzgado á los Graff, á los Schwab y á los Brunner, y se asoció en las empresas de caminos de hierro que esta casa construía. Ocultando su astucia bajo la franqueza y la despreocupación del libertino, parecía no ocuparse más que de sus placeres y de sus vestidos; pero pensaba en todo y sacaba provecho de la experiencia que había adquirido viajando. Este advenedizo, que no se las echaba de serio, ocupaba una habitación lujosa, arreglada por los cuidados de su decorador, donde daba cenas y fies-

tas á las gentes célebres. Fastuoso, amigo de hacer bien las cosas, se hacía pasar por hombre corriente, y parecía tanto menos peligroso, cuanto que había conservado la *platina* de su antigua profesión, aumentándola aún con la jerga de bastidores. En este momento pensaba en vender su privilegio y en *pasar*, según frase suya, á otros ejercicios. Quería estar á la cabeza de un ferrocarril, ser un hombre serio, un administrador, y casarse con la hija de uno de los alcaldes más ricos de París, la señorita Minard. Esperaba ser nombrado diputado *por su línea* y llegar, con la protección de Popinot, al Consejo de Estado.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?—dijo Gaudissart, fijando en la Cibot una mirada directorial.

—Soy, señor, la mujer de confianza del señor Pons.

—¿Y cómo va ese querido muchacho?

—Mal, muy mal, señor.

—¡Demonio! ¡Demonio! me contraría eso; iré á verle, porque es uno de esos hombres raros...

—¡Ah! sí, señor, un verdadero querubín... Aun me pregunto hoy cómo estaba ese hombre en un teatro...

—Pero señora, el teatro es un lugar de corrección para las costumbres...—dijo Gaudissart.—¡Pobre Pons!... palabra de honor, debería haber simiente para conservar esa especie... es un hombre modelo y de talento... ¿Cuándo cree usted que podrá volver á ocupar su puesto? porque, desgraciadamente, el teatro se parece á las diligencias, las cuales, llenas ó vacías, salen á la hora: el telón se levanta aquí todos los días á las seis de la tarde... y por mucho que nos apenemos, eso no haría buena música. Vamos á ver, ¿cómo se halla?

—¡Ay de mí! mi buen señor—dijo la Cibot sacando el pañuelo y poniéndoselo en los ojos—es bien terrible el decirlo, pero creo que tendremos la desgracia de perderle, aunque le cuidamos como á las niñas de nuestros ojos... el señor Smuke y yo... Además vengo á decirle que no debe contar con el digno señor Smuke, que va á pasar todas las noches... No puede una menos que obrar como si hubiese esperanza, y tratar de arrancar á la muerte ese digno y querido hombre... El médico no tiene ya esperanza.

—¿Y de qué muere?

—De pena, de amarillez, del hígado, y todo eso complicado con muchas cosas de familia.

—Y de un médico—dijo Gaudissart.—Debia de haber tomado al doctor Lebrún, nuestro médico, que no le hubiese costado nada.

—El señor Pons tiene uno que es un Dios... pero ¿qué puede hacer un médico, á pesar de su talento, contra tantos males?

—Necesitaba mucho de esos dos buenos rompenueces para la música de mi nueva pieza de magia.

—¿Puedo hacer algo por ellos?—dijo la Cibot con un aire digno de Jocrisse.

Gaudissart soltó una carcajada.

—Señor, soy su mujer de confianza, y hay muchas cosas que esos señores...

Al ver la risa de Gaudissart, una mujer exclamó:

—Si ríes, viejo mío, se puede entrar.

Y la primera bailarina revolucionó el despacho arrojándose sobre el único canapé que había en él. Era Eloísa Brisetout, envuelta en una magnífica banda llamada *algeriana*.

—¿Qué es lo que te hace reír?... ¿Es la señora? ¿Para qué empleo viene?...—dijo la bailarina dirigiendo una de esas miradas de artista á artista que debería ser objeto de un cuadro.

Eloísa, joven excesivamente literaria, de mucho renombre en la Bohemia, liada con grandes artistas, elegante, fina y graciosa, tenía más inteligencia de la que tienen ordinariamente las primeras bailarinas; al hacer su pregunta, aspiró los penetrantes perfumes de un pebetero.

—Señora, todas las mujeres valen cuando son hermosas, y si no aspiro pestes de un pebetero, si no me pongo colorete en las mejillas...

—Con los colores que la naturaleza le ha puesto, yo sería un arrogante pleonasmo, hija mía—dijo Eloísa guiñando el ojo á su director.

—Soy una mujer honrada.

—Tanto peor para usted—dijo Eloísa.—No se queja la entretenida que quiere serlo, y yo lo soy, señora, y á mucha honra.

—¡Como tanto peor! Por muchas *algerianas* que lleve usted y por mucho que se arregle—dijo la Cibot—no recibirá usted nunca tantas declaraciones como he recibido yo, señora. Y no valdrá usted nunca lo que la hermosa ostrera del Cuadrante Azul...

La bailarina se levantó súbitamente, se cuadró, y llevó el reverso de su mano derecha á la frente, como un soldado que saluda á su general.

—¡Cómo!—dijo Gaudissart—¿será usted, por casualidad, aquella hermosa ostrera de quien me hablaba mi padre?

—¿No conoce entonces la señora la cachucha ni la polca? ¡La señora tiene más de cincuenta años!—dijo Eloísa.

Y la bailarina se colocó en una actitud muy dramática y declamó este verso:

¡Seamos amigos, Cinna!...

—Vamos, Eloísa, la señora no es fuerte, déjela tranquila.

—¿Sería la señora la nueva Eloísa?...—dijo la portera con falsa ingenuidad llena de socarronería.

—¡No lo hace mal la vieja!—exclamó Gaudissart.

—Ya ha sido requetedicho—repuso la bailarina;—el equívoco tiene ya el bigote canoso; busque otro, vieja mía... ó fume un cigarro.

—Perdóneme usted, señora—dijo la Cibot,—estoy demasiado triste para continuar respondiéndole; tengo á mis dos señores muy enfermos... y he empeñado esta mañana, para darles de comer y evitarles penas, hasta los vestidos de mi marido, y ese es el agradecimiento...

—¡Oh! la cosa se hace dramática—exclamó la hermosa Eloísa.—¿De qué se trata?

—La señora—repuso la Cibot—cae aquí como...

—Como una primera bailarina—dijo Eloísa.—La inspiro á usted, señora.

—Vamos, tengo prisa—dijo Gaudissart.—Basta de farsas. Eloísa, la señora es la mujer de confianza de nuestro pobre director de orquesta, que se muere, y viene á decirme que no contemos con él; de modo que me veo apurado.

—¡Ah! ¡pobre hombre! pero es preciso dar una función á beneficio suyo.

—Eso le arruinaría—dijo Gaudissart;—podría deber al día siguiente quinientos francos al hospital, que no reconoce en París más desgracias que las tuyas. No tema, mi buena mujer, puesto que aspira usted al premio Montyon. (Gaudissart llamó, y el mozo del teatro se presentó en el acto.) Diga al cajero que me envíe un billete de mil francos. Siéntese usted, señora.

—¡Ah! ¡pobre mujer! ya llora—exclamó la bailarina.—

Es tonta... Vamos, madre mía, iremos á verle, consuélase usted. Di, pues, tú, chino—dijo llevando al director á un rincón—¿no quieres darme el primer papel en el baile de Ariana? Te casas y ya sabes que puedo hacerte muy desgraciado.

—Eloísa, tengo el corazón blindado como una fragata.

—¡Presentaré hijos tuyos! los pediré prestados.

—He declarado nuestro cariño...

—Sé buen muchacho; da la plaza de Pons á Garangeot, pues ese pobre chico tiene talento y está sin un céntimo, y yo te prometo la paz.

—Pero espera á que el señor Pons se haya muerto... por otra parte, el buen hombre puede salvarse.

—¡Oh! eso sí que no, señor—dijo la Cibot,—desde la última noche está sin conocimiento, delira. Ese desgraciado morirá bien pronto.

—Por otra parte, puede dársele interinamente á Garangeot que tiene á toda la prensa de su parte—dijo Eloísa. En este momento entró el cajero llevando en la mano dos billetes de quinientos francos.

—Déselos á la señora—dijo Gaudissart.—Adiós, mi buena mujer, cuide bien á ese querido hombre y dígame que irá á verle mañana ó pasado mañana, cuando pueda.

—Un hombre al agua—dijo Eloísa.

—¡Ah! señor, corazones como el suyo no se encuentran más que en el teatro. ¡Que Dios le bendiga!

—¿En qué cuenta pondré eso?—dijo el cajero.

—Ahora firmaré el bono y lo pondrá usted en la cuenta de las gratificaciones.

Antes de salir, la Cibot hizo una hermosa reverencia á la bailarina y pudo oír una pregunta que hizo Gaudissart á su antigua querida.

—¿Es capaz Garangeot de levantar la música de nuestro baile de los MOHICANOS en doce días? Si me saca del apuro, tendrá la plaza de Pons.

La portera, mejor recompensada por haber causado tanto mal que si hubiese hecho una buena acción, suprimió todas las recetas de los dos amigos, y les privó de sus medios de existencia, en el caso de que Pons recobrase la salud. Esta pérfida maniobra debía dar en unos días el resultado deseado por la Cibot: la venta de los cuadros codiciados por Elias Magus. Para realizar esta primera explotación, la Ci-

bot debía adormecer al terrible colaborador que se había proporcionado, al abogado Fresal, y obtener la más absoluta discreción de Elías Magus y de Remonencq.

Respecto al auverniano, había llegado por grados á una de esas pasiones como las conciben las gentes sin instrucción, que vienen del fondo de una provincia á París con las ideas fijas que inspira el aislamiento de los campos, con la ignorancia de las naturalezas primitivas y la brutalidad de sus deseos que se convierten en ideas fijas. La belleza viril de la señora Cibot, su vivacidad, su espíritu comercial había sido objeto de la atención del anticuario, que quería hacer de ella su concubina, robándosela á Cibot, especie de bigamia mucho más común en París de lo que se piensa, en las clases inferiores. Pero la avaricia hizo un nudo corredizo que apretaba cada día más el corazón del auverniano, y acabó por quitarle la razón. De modo que Remonencq, valorando en cuarenta mil francos las entregas de Elías Magus y las suyas, pasó del delito al crimen, deseando obtener á la Cibot por mujer legítima. Este amor, puramente especulativo, le llevó, en los largos sueños del fumador apoyado en el quicio de su puerta, á desear la muerte del sastrecillo. De este modo veía su capital casi triplicado y pensaba en la excelente comerciante que sería la Cibot y en la hermosa figura que haría en un magnífico almacén situado en el bulevar. Este doble deseo embriagaba á Remonencq. Alquilaría una tienda en el bulevar de la Magdalena y lo llenaría con las curiosidades más hermosas de la colección del difunto Pons. Después de haberse acostado entre sábanas de oro y haber visto millones en las grises espirales de su pipa, se despertaba frente al sastrecillo, que barría el patio, el portal y la calle en el momento en que el auverniano abría y arreglaba su tienda; pues desde la enfermedad de Pons, Cibot reemplazaba á su mujer en las funciones que ésta se había atribuido. El auverniano consideraba, pues, á este sastrecillo verdoso, cobrizo y raquíico como el único obstáculo que se oponía á su dicha, y se preguntaba cómo se desembarazaría de él. Esta pasión creciente enorgullecía en extremo á la Cibot, pues llegaba á esa edad en que las mujeres empiezan á comprender que pueden envejecer.

Una mañana, pues, la Cibot, al levantarse, examinó á Remonencq con aire soñador en el momento en que éste

arreglaba las bagatelas de su escaparate, y quiso saber hasta dónde llegaba su amor.

—Y bien—fué á decirle el auverniano,—¿van las cosas como usted desea?

—Es usted quien me inquieta—respondió la Cibot.—Usted me compromete—añadió,—los vecinos acabarán por ver su amor.

Y dejó el portal y penetró en las profundidades de la tienda del auverniano.

—Se me ocurre una idea—dijo Remonencq.

—Venga, deseo hablarle—dijo la Cibot.—Los herederos del señor Pons van á moverse, y son capaces de darnos mucho quehacer. Sabe Dios lo que nos ocurriría si enviasen agentes de negocios que meterían su nariz por todas partes como perros de caza. Decidiré al señor Smuke á vender algunos cuadros, si me ama usted lo bastante para guardar el secreto... ¡oh! pero un secreto que no descubriría usted aunque tuviese el cuello en la guillotina... De dónde provienen los cuadros, ni quién los ha vendido. ¿Me comprende usted? Una vez muerto y enterrado el señor Pons, que encuentren cincuenta y tres cuadros en lugar de sesenta y siete, nadie sabrá nada. Por otra parte, si el señor Pons ha vendido cuadros en vida, nadie podrá decir nada.

—Sí—repuso Remonencq,—á mí me es igual; pero el señor Elías Magus querrá recibos en regla.

—¿También tendrá usted recibos, pardiez! ¿Cree usted que seré yo quién los firmará?... ¡Será el señor Smuke! Pero dirá usted á su judío—repuso la portera—que sea tan discreto como usted.

—Seremos mudos como peces. Es nuestro estado. Yo sé leer, pero no sé escribir, y por eso tengo necesidad de una mujer instruída y capaz como usted... Yo, que no he pensado más que en ganar el pan de mis últimos días, quisiera tener pequeños Remonencq... Abandone usted á su Cibot.

—Aquí está su judío—dijo la Cibot,—podremos arreglar nuestros asuntos.

—¡Y bien! mi querida señora—dijo Elías Magus, que iba cada tres días muy de mañana á saber cuándo podría comprar los cuadros.—¿Cómo va el asunto?

—¿No ha venido á hablarle nadie del señor Pons y de sus anticuallas?—le preguntó la Cibot.

—He recibido una carta de un abogado—respondió Elías

A L'ÉCRIVAIN
A L'ÉCRIVAIN
A L'ÉCRIVAIN

Magus,—pero como es un granuja que me ha parecido que era corredor, y como no me fio de esas gentes, no le he contestado. Al cabo de tres días ha venido á verme, y ha dejado una carta; y yo he dicho á mi portero que estaría siempre ausente cuando ese hombre viniese.

—Es usted un judío encantador—dijo la Cibot, que no sabía lo prudente que era Elías Magus.—Pues bien, queridos míos, dentro de algunos días llevaré al señor Smuke á venderle siete, ocho, diez ó más cuadros; pero con dos condiciones: la primera, un secreto absoluto. El señor Smuke será quien le habrá hecho venir á usted, ¿verdad señor? y el señor Remonencq el que le habrá propuesto á usted como comprador al señor Smuke. En fin, suceda lo que suceda, yo no figuro para nada en ese asunto. ¿Da usted cuarenta y seis mil francos por los cuatro cuadros?

—Sea—respondió el judío suspirando.

—Está bien—repuso la portera.—La segunda condición es que usted me entregará á mí cuarenta y tres mil francos, y que usted no se los comprará al señor Smuke más que por tres mil; Remonencq comprará cuatro por dos mil francos y usted me entregará los restantes... Después de todo, mi querido señor Magus, yo también les he hecho hacer á usted y á Remonencq un famoso negocio, con la condición de repartirnos los beneficios entre los tres. Yo le conduciré á usted á casa de ese abogado, ó haré que él venga aquí. Estimaré usted todo lo que hay en casa del señor Pons en el precio que pueda usted dar por ello, á fin de que ese señor Fresal sepa el valor de la herencia. Únicamente que es preciso que no venga antes de nuestra venta ¿comprende usted?

—Comprendido—dijo el judío;—pero se necesita tiempo para ver las cosas y decir el precio.

—Dispondrá usted de medio día. Esté tranquilo, que eso me concierne á mí... Hablen entre ustedes de eso, hijos míos; para entonces, pasado mañana, el negocio estará hecho. Ahora iré á casa de Fresal á hablarle, pues sabe todo lo que pasa aquí por el doctor Poulain, y es muy importante el mantener tranquilo á semejante coco.

A la mitad del camino que hay de la calle de Normandía á la de la Perla, la Cibot encontró á Fresal que iba á casa de ella, lleno de impaciencia por saber cuáles eran los elementos del negocio.

—Ahora iba á su casa—dijo ella.

Fresal se quejó de no haber sido recibido por Elías Magus; pero la portera apagó el destello de desconfianza que brillaba en los ojos del hombre de leyes, diciéndole que Magus había estado de viaje, y que á más tardar dos días después, le proporcionaría una entrevista con él en la habitación de Pons, para fijar el valor de la colección.

—Obre usted francamente conmigo—respondió Fresal.—Es muy probable que sea encargado de mirar por los intereses del señor Pons, y en esta posición tendré más á mano el poder servirla.

Esto fué dicho tan secamente, que la Cibot tembló. Aquel hombre de negocios, famélico, debía maniobrar por su parte, como ella maniobraba por la suya, y resolvió apresurar la venta de los cuadros. La Cibot no se engañaba en sus conjeturas. El abogado y el médico habían comprado un traje nuevo para Fresal, á fin de que pudiese presentarse decentemente vestido en casa de la presidenta Camusot de Marville. El tiempo exigido para la confección del traje, era la única causa del retraso de aquella entrevista, de la que dependía la suerte de los dos amigos. Después de su visita á la señora Cibot, Fresal se proponía ir á probarse el traje. Encontró el traje acabado. Volvió á su casa, se puso una peluca nueva y partió en coche de visita á eso de las diez de la mañana á la calle Hanóver, donde esperaba obtener una entrevista de la presidenta. Fresal, con corbata blanca, pantalones amarillos, peluca nueva y perfumado con agua de Portugal, se parecía á esos venenos colocados en un cristal tapados con una piel blanca, cuya etiqueta é hilo es cortado, pero que no por eso parecen menos peligrosos. Su rostro cortado, su cara de granuja, su enfermedad cutánea, sus ojos verdes y su sabor de maldad, chocaban como las nubes en un cielo azul. En su despacho, tal como se había mostrado á los ojos de la Cibot, era el vulgar cuchillo con el cual un asesino ha cometido un crimen; pero en la puerta de la presidenta, era el puñal elegante que una joven mete en su pequeño *dunquerque*.

CAPÍTULO XXI

El Fresal en flor

Un gran cambio se había operado en la calle de Hanóver. El vizconde y la vizcondesa de Popinot, el antiguo ministro y su mujer, no habían querido que el presidente y la presidenta tomasen una casa de alquiler y dejaran la que daban en dote á su hija. El presidente y su mujer se instalaron, pues, en el segundo piso, que había quedado vacante á causa de la retirada de la anciana dama que quería terminar sus días en el campo. La señora Camusot, que conservó á Magdalena Vivet, á su cocinera y su criado, había vuelto al estado en que estaba cuando se casó, estado endulzado por una habitación de cuatro mil francos que no tenía que pagar, y su sueldo de diez mil francos. Esta *aurea mediocritas* satisfacía muy poco á la señora de Marville, que quería una fortuna en armonía con su ambición; pero la cesión de todos sus bienes á su hija acarreaaba la supresión del presidente en el censo de elegibilidad. Ahora bien, Amelia quería hacer un diputado de su marido, pues no renunciaba fácilmente á sus planes, y no desesperaba de obtener la elección del presidente por el distrito donde estaba situado Marville. Desde hacía dos meses atormentaba, pues, al barón Camusot (pues el nuevo par de Francia había obtenido la dignidad del barón) para arrancarle cien mil francos como adelanto de la herencia, á fin, decía ella, de comprar un pequeño dominio situado en Marville y que producía unos dos mil francos limpios. Ella y su marido estarían allí en su casa y al lado de sus hijos, y la tierra de Marville aumentaría en el doble. La presidenta hacía valer á los ojos de su suegro el despojo á que se había visto obligada para casar á su hija con el vizconde de Popinot, y preguntaba al anciano si cerraría á su hijo mayor el camino para llegar á los honores supremos de la magistratura, que no serían ya concedidos más que á las posiciones parlamentarias, y su marido sabría tomarlo y hacerse temer de los ministros.

—Esas gentes no conceden nada más que á las personas que les aprietan la corbata al cuello hasta hacerles sacar la lengua—decía ella.—¡Cuánto no deben á Camusot! Camusot oponiéndose á las ordenanzas de julio ha sido causa de la elevación de la casa de Orleans.

El anciano decía que había empleado más dinero del que podía en los caminos de hierro, y aplazaba aquella liberalidad cuya necesidad reconocía, por otra parte, hasta un alza prevista de las acciones.

Esta casi promesa, arrancada algunos días antes, había sumido á la presidenta en la desolación. Era muy dudoso que el ex propietario de Marville estuviese en condiciones para ser elegido diputado cuando las elecciones, pues le faltaba la posesión anual.

Fresal llegó sin trabajo hasta Magdalena Vivet. Estas dos naturalezas de víbora se reconocieron como salidas del mismo huevo.

—Señorita—dijo dulcemente Fresal—desearía obtener una breve entrevista con la señora presidenta, para un asunto que le es personal y que concierne á su fortuna; se trata, dígaselo bien, de una herencia... No tengo el honor de conocer á la señora presidenta; de modo que mi nombre no significaría nada para ella. No acostumbro á dejar mi despacho, pero sé las atenciones que se le deben á la señora de un presidente y me he tomado el trabajo de venir yo mismo, tanto más cuanto que el asunto no puede sufrir el menor retardo.

Planteada la cuestión en estos términos, y repetida y ampliada por la camarera, trajo naturalmente una respuesta favorable. Este momento era decisivo para las dos ambiciones contenidas en Fresal. De modo que, á pesar de su intrepidez de procuradorcillo provinciano, frágil, áspero é incisivo, experimentó lo que experimentan los capitanes al empezar una batalla de la que depende el éxito de la campaña. Al entrar en el saloncito donde le esperaba Amelia, tuvo lo que ningún sudorífico, por poderoso que fuese, había podido producir aún en aquella piel refractaria y cerrada por horrosas enfermedades; sintió un ligero sudor en la espalda y en la frente.

—Si no me enriquezco, al menos me he salvado, pues Poulain me prometió la salud el día en que la transpiración se restableciese.

—Señora...—dijo al ver á la presidenta que se presentó vestida de por casa.

Y Fresal se detuvo para saludar con esa condescendencia que es en los oficiales ministeriales el reconocimiento de la cualidad superior de aquellos á quienes se dirigen.

—Siéntese usted, caballero—dijo la presidenta, reconociendo al instante á un hombre del mundo judicial.

—Señora presidenta, si me he tomado la libertad de dirigirme á usted para un asunto de interés que concierne al señor presidente, es porque tengo la seguridad de que el señor de Marville, en la elevada posición que ocupa, dejarla tal vez las cosas en el estado en que se hallan y perderla siete ú ochocientos mil francos que las señoras, que entienden, á mi modo de ver, los negocios privados mucho mejor que los magistrados, no desdenarían...

—Ha hablado usted de una herencia—dijo la presidenta interrumpiéndole.

Amalia deslumbrada por la suma y queriendo ocultar su asombro, su dicha, imitaba á los lectores impacientes, que miran el desenlace del drama.

—Sí, señora, de una herencia perdida para usted, ¡oh! completamente perdida, pero que yo puedo, que yo conseguiré que obtenga usted.

—Hable usted, señor—dijo fríamente la señora de Marville, mirando al mismo tiempo á Fresal de pies á cabeza y examinándole con ojo sagaz.

—Señora, conozco sus eminentes cualidades, soy de Mantes. El señor Lebœuf, presidente del tribunal, amigo del señor de Marville, podrá darle informes acerca de mí...

La presidenta dió un salto tan cruelmente significativo, que Fresal se vió obligado á cerrar y abrir rápidamente un paréntesis en su discurso.

—Una señora tan distinguida como usted comprenderá en seguida por qué le hablo primero de mí. Es el camino más corto para conseguir la herencia.

La presidenta respondió con un gesto á esta fina observación.

—Señora—repuso Fresal, autorizado por el gesto para contar su historia,—era procurador en Mantes, mi estudio debía ser mi única fortuna, pues he estado en tratos para comprar el señor Levroux, á quien debe usted haber conocido.

La presidenta inclinó la cabeza.

—Con los fondos que me habían prestado, y doce mil francos míos, salía de casa de Desroches, uno de los procuradores más capaces de París, donde he sido primer pasante durante seis años. He tenido la desgracia de desagradar al fiscal de Mantes, el señor...

—Oliverio Vinet.

—Sí, señora, el hijo del procurador general. Cortejaba á una señorita...

—¡El!

—La señora Vatinelle.

—¡Ah! la señora Vatinelle... era muy bonita y de... mi tiempo.

—Me tenía bastante simpatía: *inde iræ*—repuso Fresal.—Yo era activo y quería devolver á mis amigos lo que me habían prestado y casarme: necesitaba asuntos, los buscaba, y bien pronto tuve más que los demás oficiales ministeriales. ¡Bah! he tenido en contra de mí á todos los procuradores de Mantes, á los notarios y hasta á los alguaciles. Me buscaron camorra. Ya sabe usted, señora, que cuando se quiere perder á un hombre en nuestra horrible profesión, se consigue en seguida. Me cogieron defendiendo un asunto de las dos partes. Esto es un poco ligero; pero en ciertos casos, también se hace lo mismo en París, y los procuradores tenemos que aprovecharlo todo. Esto no se hace en Mantes. El señor Bouyonnet, á quien yo había prestado ya algún pequeño servicio, empujado por sus compañeros y estimulado por el fiscal, me hizo traición... ya ve que no le oculto nada. Aquello fué un jaleo general. Yo era un granuja, me hacían peor que Marat. Me obligaron á vender el estudio, y lo perdí todo. Ahora estoy en París, donde he establecido una agencia de negocios; pero mi alterada salud no me deja en paz más que dos horas de las veinticuatro que tiene el día. Hoy no tengo más que una ambición, y es bien mezquina. Usted será algún día la mujer de un ministro ó tal vez de un primer presidente; pero yo, pobre y raquítico, no deseo otra cosa que obtener una plaza donde acabar tranquilamente mis días, un empleo sin ascensos, un destino en el que se vegeta. Quiero ser juez de paz en París. Para usted y el señor presidente es una bagatela el obtener mi nombramiento, pues deben ustedes hacer bastante sombra al ministro actual para que no desee que le estén ustedes agradecidos... No es esto todo, señora—añadió Fresal al ver á la presidenta dispuesta á hablar haciéndole un gesto.—Tengo por amigo al médico del anciano á quien el señor presidente debería heredar. Ya ve usted que llegamos... Este médico, cuya cooperación nos es indispensable, está en la misma situación en que yo me encuentro: ¡tiene talento y le falta suerte! Por él he sabido el

peligro que corren los intereses de usted; pues en el momento en que le hablo es probable que todo esté terminado, que el testamento que deshereda al señor presidente esté hecho... Éste me dice que desea ser nombrado jefe de un hospital ó de los colegios reales: en fin, ya me comprende usted, necesita una posición en París equivalente á la mía... Dispénseme si he tratado de estas dos cosas tan delicadas; pero es preciso no andar con ambigüedades en nuestro asunto. Por otra parte, el médico es un hombre muy considerado, sabio y que ha salvado la vida al señor Pillerault, el tío de su yerno el vizconde de Popinot. Ahora, si quiere usted tener la bondad de prometerme estas dos plazas, la de juez de paz y la sinecura medical para mi amigo, me comprometo á traer la herencia casi intacta... Y digo casi intacta, porque será grabada por compromisos que es preciso contraer por el legatario y con varias personas cuyo concurso nos es verdaderamente indispensable. No cumplirá usted sus promesas hasta que yo no haya cumplido las mías.

La presidenta, que desde hacía algunos momentos se había cruzado de brazos, como una persona obligada á oír un sermón, miró á Fresal y le dijo:

—Señor, tiene usted el mérito de la claridad en todo lo que le concierne á usted, pero para mí habla usted con una obscuridad...

—Dos palabras bastarán para esclarecerlo todo, señora—dijo Fresal.—El señor presidente es el único y sólo heredero en tercer grado del señor Pons. El señor Pons está muy enfermo, va á hacer testamento, si no lo ha hecho ya, en favor de un alemán, amigo suyo, llamado Smuke, y la importancia de esa herencia será de más de setecientos mil francos. Dentro de tres días, espero tener informes exactos respecto á la cifra...

—Si fuese eso verdad—se dijo la presidenta anonadada por la posibilidad de aquella cifra,—he cometido una gran falta riñendo con él y anonadándolo.

—No, señora, pues sin esa ruptura estaría alegre como un pinzón, y viviría mucho más que usted, que el señor presidente y que yo... ¡La Providencia tiene sus designios, no los sondemos!—añadió para disimular lo odioso de aquel pensamiento.—¿Qué quiere usted? nosotros, las gentes de negocios, vemos lo positivo de las cosas. Ahora comprenderá usted, señora, por qué el señor de Marville, en la elevada

posición que ocupa, no haría nada, ni podría hacer nada tampoco en la situación actual. Está reñido á matar con su primo, ustedes no ven ya á Pons, lo han arrojado de la sociedad, y tenían ustedes sin duda excelentes razones para obrar así; pero el buen hombre está enfermo y lega todos sus bienes á su único amigo. Uno de los presidentes de la audiencia de París no tiene nada que decir contra un testamento en regla hecho en semejantes circunstancias. Pero, dicho entre nosotros, señora, es muy desagradable no poder atrapar sus bienes cuando se tiene derecho á una herencia de setecientos á ochocientos mil francos... ¡qué sé yo! tal vez un millón, y que uno es el único heredero designado por la ley. Nada más que para conseguir esto cae uno en sucias intrigas; son tan difíciles, tan minuciosas, es preciso tratar con personas colocadas en tan baja esfera, con criados, con subordinados, y acosarlos tan de cerca, que ningún procurador, que ningún notario podría seguir adelante en semejante asunto. Eso requiere un abogado sin causas como yo, cuya capacidad sea seria, real; de abnegación probada, y cuya posición desgraciadamente precaria sea igual á la de esas gentes... Me ocupo en mi distrito de los asuntos de la clase media, de los obreros, de la gente del pueblo. Sí, señora, esta es la situación en que me ha colocado la enemistad de un fiscal que ha llegado á ser hoy día sustituto en París, que no me ha perdonado mi superioridad... La conozco á usted, señora, sé lo sólida que es su protección, y he visto en ese servicio que le voy á hacer el fin de todas mis miserias y el triunfo del doctor Poulain, mi amigo...

La presidenta permanecía pensativa. Este fué un momento de angustia horrible para Fresal. Vinet, uno de los oradores del centro, procurador general desde hacía diez y seis años, diez veces designado para vestirse la toga de la cancellería y padre del fiscal de Mantes, nombrado sustituto de París hacía un año, era un antagonista para la rencorosa presidenta. El altivo procurador general no ocultaba el desprecio que sentía por el presidente Camusot. Fresal ignoraba y debía ignorar esta circunstancia.

—¿No tiene usted sobre su conciencia más que el hecho de haber defendido á las dos partes? le preguntó mirando fijamente á Fresal.

—La señora presidenta puede ver al señor Lebœuf; el señor Lebœuf estaba á mi favor,

—¿Está usted seguro de que el señor Lebœuf dará buenos informes de usted al señor de Marville y al conde Popinot?

—Respondo de ello, y más ahora que no está el señor Oliverio Vinet en Mantes; pues, dicho entre nosotros, ese seco magistrado asustaba al bueno señor Lebœuf. Por otra parte, señora presidenta, si usted me lo permite, iré á Mantes á ver al señor Lebœuf. Esto no será un retardo, pues no sabré de una manera cierta la suma á que asciende la herencia hasta dentro de dos ó tres días. Quiero y debo ocultar á la señora presidenta todos los resortes de este negocio; pero ¿no es una prenda para salir airoso el premio que espero de mi adhesión?

—Pues bien, ponga usted de su parte al señor Lebœuf, y si la herencia tiene la importancia que usted dice, lo que dudo mucho, le prometo las dos plazas, en caso de éxito, se entiende...

—Respondo de ello, señora. Únicamente que tendrá usted la bondad de llamar á su notario y á su procurador cuando yo los necesite, darme una procuración para obrar en nombre del señor presidente, y decir á esos señores que sigan mis instrucciones.

—Como tiene usted la responsabilidad—dijo solemnemente la presidenta,—debe tener también libertad para obrar. Pero ¿está muy enfermo el señor Pons?—preguntó sonriéndose.

—Podría salvarse, señora, sobre todo cuidado por un hombre tan concienzudo como el doctor Poulain; pues mi amigo, señora, no es más que un inocente espía dirigido por mí, para velar por los intereses de usted, y es capaz de salvar á ese viejo músico; pero hay cerca del enfermo una portera que, por poseer treinta mil francos, sería capaz de empujarlo hacia la tumba... No lo mataría, no le daré arsénico, no será tan caritativa como todo eso, hará más, lo asesinará moralmente, lo impacientará mil veces al día. El pobre anciano se restablecería, en una atmósfera de silencio, de tranquilidad, bien cuidado, acariciado por amigos, en el campo; pero martirizado por una señora Evrard que en su juventud era una de las treinta hermosas ostras que París ha celebrado, ávida, habladora, brutal, y, atormentado por ella para hacer un testamento en el que le dejara una importante suma, el enfermo será conducido fatalmente hasta la induración del hígado, tal vez se formen ahora en él cálculos,

será preciso recurrir, para extraérselos, á una operación que no soportará... El doctor ¡una hermosa alma!... se encuentra en una horrible situación. Debería hacer despedir á esa mujer.

—¡Pero esa portera es un monstruo!—exclamó la presidenta con su vocecita meliflua.

Esta similitud entre la terrible presidenta y él, hizo sonreír interiormente á Fresal, que sabía ya á qué atenerse respecto á aquellas dulces modulaciones fingidas de una voz naturalmente agria. Se acordó de aquel presidente, el héroe de uno de los cuentos de Luis XI, á quien este monarca juzgó con una palabra. Este magistrado, dotado de una mujer cortada por el patrón de la de Sócrates, sin poseer la filosofía de este gran hombre, hizo que mezclasen sal con la avena de sus caballos, ordenando que no les diesen de beber. Cuando su mujer fué al campo á lo largo del Sena, los caballos se precipitaron con ella en el agua para beber, y el magistrado dió las gracias á la Providencia tan naturalmente. En este momento, la señora de Marville dió las gracias á Dios por haber puesto al lado de Pons una mujer que le desembarazaría de él *honradamente*.

—No quisiera un millón—dijo ella—al precio de un atestado... El amigo de usted debe instruir al señor Pons, y hacer que despida á esa portera.

—Primeramente, señora, los señores Smuke y Pons creen que esa mujer es un ángel, y despedirían á mi amigo. Además, esa atroz portera es la bienhechora del doctor, á quien ella introdujo en casa del señor Pillereault. Recomienda á esa mujer la mayor dulzura con el enfermo, pero estas recomendaciones indican á esa criatura los medios de agravar la enfermedad.

—¿Qué piensa su amigo del estado de *mi primo*?—preguntó la presidenta.

Fresal hizo temblar á la señora de Marville por la precisión de su respuesta, y por la lucidez con que penetró en su corazón, tan ávido como el de la portera.

La presidenta bajó los ojos.

—¿Tiene usted que decir algo al señor Lebœuf? Voy á Mantes en ferrocarril.

—Sí, quédese, le escribiré que venga á vernos pasado mañana; tengo necesidad de verle para ponernos de acuerdo, y fin de reparar la injusticia de que ha sido usted víctima.

Cuando la presidenta lo hubo dejado solo, Fresal, que se vió juez de paz, no se semejaba ya á sí mismo; parecía que había engordado, respiraba á pleno pulmón el aire de la dicha y el buen viento del éxito, recurriendo al depósito desconocido de la voluntad de nuevas y fuertes dosis de esta divina esencia, se sentía capaz de un crimen, al igual que Remonencq, con tal que no existiesen pruebas, para salir airoso. Se había colocado osadamente enfrente de la presidenta, convirtiendo las conjeturas en realidad, afirmando á tontas y á locas con el único objeto de obtener poderes para salvar la herencia y obtener así su protección. Representante de dos grandes miserias y de deseos no menos grandes, rechazaba desdeñosamente su horrible casa de la calle de la Perla. Veía mil escudos de honorarios de la Cibot y cinco mil de la presidenta. Esto era conquistar una habitación decente. En fin, se empazaba con el autor Poulain. Algunas de estas naturalezas vengativas, ásperas y dispuestas á la maldad á causa del sufrimiento ó de las enfermedades experimentan sentimientos contrarios, con igual grado de violencia: Richelieu era tan buen amigo como enemigo cruel. Para agradecerle á Poulain los socorros que le había prestado, Fresal se hubiese dejado matar por él. Al volver la presidenta con una carta en la mano, miró sin ser vista por él á aquel hombre que pensaba ya en una vida feliz y desahogada, y lo encontró mucho menos feo: por otra parte, iba á servirle, y se mira un instrumento que nos pertenece muy diferentemente que el del vecino.

—Señor Fresal—le dijo,—me ha probado usted que es inteligente y le creo capaz de ser franco.
Fresal hizo un gesto elocuente.

—Pues bien—repuso la presidenta,—le conjuro á que responda con franqueza á esta pregunta: ¿Comprometerán al señor de Marville ó á mí los pasos que dé usted?

—No hubiese venido á encontrarla si tuviese que reprocharme un día el haber manchado su reputación. No olvide usted, señora, que para que yo sea juez de paz tengo que serle á usted agradable. He recibido en mi vida una lección, y ésta ha sido demasiado dura para que me exponga á recibir aún otras semejantes; en fin, señora, todos los pasos que dé por usted le serán explicados con anticipación...

—Está bien: aquí tiene la carta para el señor Leboeuf. Ahora espero los datos acerca de la sucesión.

—Todo consiste en eso—dijo astutamente Fresal, saludando á la presidenta con toda la gracia que pudo expresar.

—¡Qué casualidad!—se dijo la señora Camusot de Marville.—¡Ah! ¡seré, pues, rica! Camusot será diputado, pues destinando á Fresal al distrito de Bolbec, le hará salir. ¡Qué instrumento! Y parte para Mantes, donde era preciso obtener los favores de un hombre que conocía muy poco; pero contaba con la señora Vatinelle, á quien desgraciadamente debe todos sus infortunios, y los infortunios amorosos son frecuentemente como la letra protestada de un buen deudor: produce intereses.

CAPÍTULO XXII

Aviso á los solterones

Tres días después, mientras Smuke dormía, pues la señora Cibot se había repartido el peso de cuidar y velar al enfermo, la Cibot tuvo una pelotera con el pobre Pons. No es inútil hacer observar aquí una triste particularidad de la *hepatitis*. Los enfermos cuyo hígado está más ó menos atacado, están dispuestos á la impaciencia, á la cólera, y estas cóleras les alivian momentáneamente, lo mismo que en los accesos de fiebre siente uno desarrollarse fuerzas excesivas. Una vez pasado el acceso, el abatimiento, el *collapsus*, como dicen los médicos, llega, y las pérdidas que ha sufrido el organismo se aprecian entonces en toda su gravedad. Así, en las enfermedades del hígado, y sobre todo en aquellas cuya causa proviene de grandes penas sufridas, el paciente cae, después de estos arranques, en desfallecimientos tanto más peligrosos; cuanto que el enfermo está sometido á una dieta severa. Es una especie de fiebre que agita el mecanismo humorístico del hombre, pues esta fiebre no está en la sangre ni en el cerebro, este arrumaco de todo el ser produce una melancolía contra la que se enfada el enfermo. En una situación semejante, todo produce una irritación peligrosa. La Cibot, mujer del pueblo y sin instrucción, á pesar de las recomendaciones del médico, no creía en aquellos tirones del sistema nervioso causados por el sistema humorístico; las explicaciones del señor Poulain eran para ella IDEAS DE MÉDICO. Quería absolutamente, como todas las